

# Lo que queremos para el siglo XXI

Oscar Arias-Sánchez\*

El Almirante Cristóbal Colón se despidió del Nuevo Mundo en setiembre de 1503, al emprender, en su cuarto viaje, el retorno definitivo a España. Los once años anteriores, contados a partir del 12 de octubre de 1492, pueden considerarse el período preparatorio del arribo ibérico a nuestro vasto continente, aquel prolongado acontecimiento humano -tal vez el más importante de toda la historia- que habría de llenar los siguientes siglos.

Pero la historia no puede ser azar ni disparate. Pese a su atributo de incertidumbre, el porvenir puede ser figurado y orientado por la firme voluntad de los individuos y de los pueblos. Para nuestra gran comunidad de culturas, las bases del futuro se encuentran en lo que deseamos ser y alcanzar a partir de la nueva centuria. Disparate histórico sería permitir que la nueva realidad internacional nos disperse en fragmentos. Despropósito sería no hacer nada para evitar que se prive a nuestros descendientes del hermoso sentido de pertenencia a una de las más vastas y prometedoras congregaciones culturales que haya construido la humanidad.

La nueva reunión iberoamericana de mandatarios que se avecina es la oportunidad de proponer una agenda común para el sexto siglo de nuestra Iberoamérica. Es el momento de definir las grandes metas.

Lo primero es preservar y consolidar nuestra identidad, que no significa uniformidad, ni etnocentrismo, ni intolerancia. Por haberse nutrido de las más diversas contribuciones, esa identidad posee las más grandes posibilidades de supervivencia. Ya los ecologistas nos

han enseñado que la máxima fortaleza de esa maravilla natural que es la selva tropical húmeda radica en la diversidad de especies más que en la cantidad de individuos. Iberoamérica debe seguir siendo una Amazonia de la cultura, sonorizada por las numerosas lenguas americanas, africanas y europeas, fecundada por muchas ideas y creencias, dotada, en fin, de ese mágico impulso de una diversidad y una multiplicidad que la hacen inextinguible.

Luego está la voluntad de paz. La comunidad iberoamericana ha sufrido durante siglos la violencia, y de esa violencia ha contraído demasiadas debilidades en los órdenes político, económico y social. Debemos demostrarle al mundo que es posible derivar la seguridad y la fortaleza colectivas, no de la capacidad de respuesta y de disuasión por medios militares, sino de la solidaridad, de la erradicación de la pobreza y de la voluntad de practicar el diálogo y la comprensión. ¡Que se sienta en los foros internacionales un bloque iberoamericano monolítico, apercebido de la solidez del derecho y el humanismo! Esa podría ser la verdadera piedra inaugural de la paz global y perpetua.

Además, la democracia. Debemos convertirla en pacto colectivo de estos pueblos. El fortalecimiento de nuestras vocaciones democráticas puede lograrse mediante la más eficaz forma de asistencia recíproca: la determinación de la colectividad iberoamericana de no aceptar en su seno ni a un solo Estado totalitario, ni a un solo gobierno que no haya surgido de la voluntad popular expresada en comicios libres y confiables.

La justicia también ha de ser una meta de la comunidad iberoamericana para el siglo XXI. Es imperativo que se acaben en nuestro ámbito la miseria y la desigualdad, para que todo Quijote y todo Sancho tenga, cada amanecer y cada ocaso, un techo cálido sobre su cabeza y una hogaza entre las manos.

\* Licenciado en Derecho y en Ciencias Económicas, Universidad de Costa Rica. Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Essex. Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Costa Rica. Ministro de Planificación y Política Económica. Diputado en la Asamblea Legislativa. Secretario General del Partido Liberación Nacional. Presidente de la República (1986-1990). En 1987 le es concedido el Premio Nobel de la Paz y el Premio de la Paz Martin Luther King.